

Maqueta: RAG

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

# TEORÍA E HISTORIA DE LA PRODUCCIÓN IDEOLÓGICA

LAS PRIMERAS LITERATURAS  
BURGUESAS (SIGLO XVI)

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

© Juan Carlos Rodríguez  
Para todos los países de habla hispana  
© Ediciones Akal, S. A., 1990  
Los Berrocales del Jarama  
Apartado 400 - Torrejón de Ardoz  
Tels. 656 56 11 - 656 49 11  
Fax: 656 49 95  
Madrid - España  
ISBN: 84-7600-689-6  
Depósito legal: M. 28.138-1990  
Impreso en Anzos, S. A.  
Fuenlabrada - Madrid



AKAL

—«¿Por favor, podría decirme qué camino debería seguir...?»

—Eso depende mucho de hasta dónde quieras llegar.»

LEWIS CARROLL

*La Literatura no ha existido siempre.*

*Los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de «literarios» constituyen una realidad histórica que sólo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones —asimismo históricas— muy estrictas: las condiciones derivadas del nivel ideológico característico de las formaciones sociales «modernas» o «burguesas» en sentido general.*

*Como la afirmación es abrupta la justificaremos por partes.*

## I

*En efecto: ¿a qué llamamos hoy «literatura»? Sencillamente: llamamos literatura a una serie de discursos caracterizados ante todo por:*

*a) Ser obras de un autor, esto es, ser un objeto construido por un sujeto. La ideología hoy hegemónica (hoy: quiero decir, a partir del siglo XVIII) considera por supuesto que no sólo los discursos literarios, sino también cualquier otro tipo de discursos (los «teóricos» en general, los «científicos» en sentido estricto, los «políticos» en su amplísima gama: como también las «obras artísticas», etc.), son asimismo y ante todo objetos construidos por un sujeto. Lo que diferenciaría, pues, a los textos literarios de todos estos otros discursos paralelos sería precisamente el hecho de que en tales textos se expresaría mejor que en ninguna otra parte la propia verdad interior, la propia intimidad del «sujeto/autor de la obra». En consecuencia, el sujeto literario —y por lo mismo «su» texto— no nos aparecería así como un «sujeto» sin más, sino como aquél en estricto que «habla» o se «expresa» en nombre siempre de su propia verdad interna (y más allá, por tan-*

to, en nombre de la verdad misma de todos los sujetos humanos. Ello independientemente por supuesto tanto de que el autor utilice un género «confesional» o «biográfico», como de que se considere como transmisor de una verdad social, popular o nacional, etc.).

b) Todas estas categorías son las que se han considerado esencialmente como las que justificarían la existencia de una literatura «eterna»: 1º) la supuesta existencia permanente de que ese sujeto/autor de «su» propia obra, expresando en ella su propia verdad autónoma e interior; y 2º) a la inversa: la creencia en que paralelamente ha tenido también una existencia «eterna» ese tipo de discurso que se constituye como mera expresión de la voz interior de un «autor» y que es colectivamente considerado como válido sólo por existir como expresión de tal «voz».

Este tipo de planteamientos «eternizantes» no revelan obviamente más que un profundo transfondo a-histórico. Lo que nosotros pretendemos, al contrario, es proponer la tesis de la radical historicidad de la literatura.

## II

1. Tomamos el término «historia» muy en serio, y en consecuencia no tratamos de poner parches. No se trata de añadir un contexto histórico (el tan socorrido «contexto») o sociológico a la obra literaria para explicarla desde «afuera» (mientras otros explicarían lo propiamente literario de la obra, lo de dentro, su «en sí»).

Por razones que veremos enseguida pretendemos situarnos al margen de tales planteamientos duales (la creencia en que la obra tiene un dentro y un fuera, un interior y un exterior, lo que justifica a la vez la creencia en esa dualidad paralela de métodos: el método propiamente literario —el que bucea en el «interior»— y el método externo o contextual). Entender la obra literaria desde su radical historicidad quiere decir, por el contrario, para nosotros, que tal historicidad constituye la base misma de la lógica productiva del texto: aquello sin lo cual el texto no puede existir (no puede funcionar ni «en sí» ni «fuera de sí»).

Retomando en este sentido nuestro planteamiento inicial: la posibilidad de la literatura (esto es: no sólo la aparición del concepto actual de lo que sea la literatura, sino a la par —lo que es mucho más importante— la existencia real de ese

tipo de discursos que llamamos literarios) sólo surge cuando surge la lógica del «sujeto».

Y en estricto: tal lógica (o sea: la imagen de un individuo «libre», «autónomo», origen y fin de sí mismo, poseyendo un «interior» —una mente, una razón, etc.— única fuente —y único responsable— de todas sus ideas, sus juicios, sus sensaciones, sus gustos, sus saberes y sus discursos, etc.) está directa —y únicamente— segregada desde la matriz ideológica burguesa. Ello por una razón doble y muy sencilla: en primer lugar, como oposición directa a la ideología feudal del «siervo» (o del servicio en sentido amplio); esto es: a partir de la lógica del siervo jamás hubieran podido establecerse relaciones «mercantiles» o «capitalistas» en ningún sentido. Si el siervo sigue adherido sustancialmente a una tierra y a un señor resulta imposible inscribirlo en un funcionamiento capitalista (aun en la fase manufacturera).

La ideología burguesa necesita, pues, convertir al siervo en proletario, esto es, en sujeto libre, poseedor al menos de su propia verdad interior (en este caso su fuerza de trabajo), libremente, por tanto, dispuesto a venderla a cambio de un salario, etc. Pero en la constitución de la imagen del sujeto la lucha contra la ideología feudal del servilismo representa sólo un factor: el otro factor (la otra cara de la moneda) radica en la constitución misma de la matriz burguesa, que es la que exige que la articulación entre las diversas clases (dominantes y dominadas) se conciba siempre a partir de la imagen de que todos los individuos son sujetos libres, iguales entre sí, poseedores de su propia verdad interior, etc. Sin esta imagen básica tal sistema no puede funcionar.

En una palabra: si la lógica del sujeto sólo puede existir a partir de las condiciones objetivas inscritas en tal matriz ideológica, si el «sujeto», pues, es una invención de esta «matriz», resultará perfectamente inútil tratar de encontrar tal lógica en el interior, por ejemplo, de la ideología «esclavista» o de la ideología feudal del «servilismo», etc.

2. Sólo que con una salvedad inmediata: que los críticos y los lectores (pero no sólo ellos: todo el ámbito social en general) presupongan siempre en el fondo que el discurso literario no es otra cosa que esta peculiar expresión de la intimidad de un sujeto; que los propios «autores» lo crean así también (por eso existen como tales: como «propietarios privados» de «sus obras y como «creadores libres» de ellas: ¡el dogma de la libertad del escritor!); e incluso que los propios discursos se produzcan y reproduzcan a partir de tal lógica de

base, etc., todo esto configura una situación que, a pesar de su aparente evidencia, se presta, sin embargo, a los mayores equívocos. Hay que tomarla con pinzas.

Pues, en efecto: si no entendemos bien lo que esa lógica del sujeto significa, si la entendiéramos, por ejemplo, como una realidad literaria existente en tanto que tal, nos encontraríamos con el paradójico resultado de que, después de tanto camino, no habríamos logrado otra cosa que sustituir el «en sí» de la obra por el «en sí» del sujeto. Con lo que de nuevo recaeríamos en la «a-historicidad», sólo que ahora de un modo mucho más sutil.

Tomemos, para verlo, esa lógica del sujeto considerándola como una hipotética realidad en sí: ¿qué ocurriría? Simplemente podría decirse esto: supongamos que los discursos que hoy llamamos literarios sólo pueden existir desde que existe el «sujeto»; que las figuras del «autor», del «crítico» (que juzga en primera instancia) y del «lector» (que juzga en la última) sólo pueden constituirse en tanto que se configuren a su vez como sujetos libres y autónomos; que el propio discurso no se construye sino como expresión de una subjetividad..., supongamos todo esto, de acuerdo, pero entonces eso no puede significar otra cosa que el hecho de que al aparecer una nueva «época» ha aparecido también un «espíritu nuevo» (que daría un nuevo contenido o un nuevo estilo a los discursos) como nos dirían los «fenomenólogos», o bien (como nos dirían los «empiristas») todo ello no puede significar otra cosa que el hecho de que se ha llegado al momento en que los hombres han reconocido al fin el carácter libre y autónomo de su propio «yo», de su propia «mente», y desde tal reconocimiento han generado sus nuevos discursos.

Esto podría decirse, en efecto, y el riesgo de recibir tales aseveraciones resulta casi inevitable. Vamos, sin embargo, a intentar evitarlo, en la medida que sea y de la única manera posible: delimitando estrictamente los campos.

¿Qué decimos? Algo muy fácil a pesar de tal riesgo de equívocos: decimos, sí, que la literatura surge cuando surge la lógica del sujeto, pero decimos también, y esto es lo decisivo, que tal lógica del sujeto no es otra cosa que una derivación —una «invención» de una matriz ideológica determinada.

Así, creemos, nos impedimos caer en la «a-historicidad» sutil a que aludíamos: la que se presenta bajo la forma de «historicismo»; de «evolucionismo» más o menos discontinuo; la que admite cambios de «época», cambios de «estilo», ciertos cambios de «forma» o de «contenidos». La que admite

que la «literatura moderna» es propia de la «época moderna», y la «literatura feudal» es propia de «la época feudal», pero siempre dando por sentado:

1º) Que ambas son esencialmente —en su fondo— lo mismo; que ambas son «literatura», dado que una misma estructura productiva subyacería en los dos casos: la misma relación básica «sujeto/obra», la obra expresando la verdad íntima de su autor, etc. Con una única diferencia: el autor y la obra feudales estarían más condicionados por una serie de trabas exteriores, convenciones e imposiciones sociales, falsas creencias e irracionalismos (todo ello siendo algo obligado en el marco de las cortes o los monasterios, de las reglas caballerescas o de las teorizaciones escolásticas), etc. Por el contrario, el autor y la obra «modernos» corresponderían ya a otro «espíritu de la época», a otro «estilo», a otro «contexto»: aquel en el que el «hombre» (y con él sus diversas expresiones: la literatura, la filosofía, la política) habría al fin logrado reencontrarse a sí mismo, liberarse en gran medida de convenciones y prejuicios, habría descubierto su propio interior (libre, puro, autónomo: cfr. la corriente iniciada sobre todo por Kant y los ilustrados) o bien el «hombre» habría alcanzado ya un grado de madurez y solidez suficiente como para poder juzgar, actuar y expresarse únicamente a partir de su propia experiencia, sin necesitar nada más, etc. (cfr. las diversas tendencias «empiristas»). En una palabra: mayor dependencia del exterior, en la «literatura moderna»; pero en ambas la relación clave, la relación «sujeto/obra», permanecería inalterable, una misma estructura productiva actuaría en ambos casos. Y:

2º) Reconociéndose paralelamente que (tanto por lo que hace a la literatura «feudal» como a la «moderna») esas características respectivas (en un caso la «exterioridad» y los condicionamientos sociales del sujeto; en el otro caso, aquella individualidad libre, autónoma, autoexpresiva, de que hablábamos) constituyen la verdad misma de esos textos «feudales» o «modernos» en que se nos presentan.

3º) Consecuencias:

— En el primer planteamiento se niega aparentemente que la literatura no haya tenido cambios, no haya evolucionado, etc.; pero sólo para afirmar que la literatura es un campo autónomo y homogéneo, que posee una unidad esencial desde sus orígenes inmemoriales hasta hoy, y que tales cam-

bios o evoluciones son sólo variaciones accidentales en el interior de ese campo «eterno» de la literatura.

— En el segundo planteamiento la sutileza es aún mayor: cuando el positivismo evolucionista construye la imagen de que «la subjetividad medieval condicionada es la verdad de la literatura feudal», o de que la «individualidad plena moderna es la verdad de la literatura individualista actual», no debemos interpretar a la ligera tales imágenes, considerándolas como meros remedios de la típica proposición escolástica acerca de que si el opio duerme es porque posee virtudes dormitivas. La cuestión va mucho más allá: lo que deberíamos preguntarnos —como siempre— sería más bien: ¿qué se esconde bajo tales imágenes, qué lógica las sostiene?

Entramos así en el meollo de todas las cuestiones que nos interesa debatir. Pues, en efecto:

1. Como podemos fácilmente comprobar, lo que verdaderamente se concibe como «ahistórico» (en toda esta serie de planteamientos) es la noción misma de «sujeto» (el mismo sujeto, por ejemplo, en el mundo «medieval» y en el «moderno») o de «hombre» o como quiera llamársele. (Por supuesto no voy a rememorar la polémica —pro o antialthusseriana— sobre el «humanismo», tan ruidosa pocos años atrás y tan aburrida a fuerza de ser «ciega»: y ello —entre otras cosas— porque lo que tratamos aquí es precisamente de separar los elementos que aparecían fusionados en tal polémica, sustentándola y engegueciéndola a la vez. Esto es: delimitar por una parte la, digamos, realidad física de los individuos humanos y, por otra parte, la noción de «hombre» en tanto que tal «noción». Y es en este sentido último en el único, creo que es obvio, que utilizamos aquí esos términos de «hombre» o de «sujeto»). La noción de sujeto (y toda la problemática ahí inscrita) es radicalmente histórica, decíamos, porque se segrega directamente (y exclusivamente) desde la matriz misma del inconsciente ideológico burgués: el «siervo» no puede ser jamás «sujeto», etc. Pero por ello también los planteamientos teóricos derivados desde esa misma ideología burguesa nunca podrán aceptar que su propio inconsciente de base sea una cuestión ideológica (o sea: histórica), sino que considerarán siempre que los elementos y la lógica propia de tal «inconsciente» constituyen la verdad misma de la realidad física humana, su propia transparencia: la idea de «Razón» (y su lógica; o su inverso: «lo irracional») no se considerará así nun-

ca, por ejemplo, como un invento ideológico derivado directamente de las burguesías clásicas, sino como un elemento «natural» incrustado (cfr. Diderot, Valery, Lukács...) en la médula misma de lo humano (e igual podríamos decir por lo que respecta a la variante empirista de esta idea de Razón: la noción de «mente» o de «psicología interna», etc.). Y así también cualquier otra temática que pudiera reseñarse, en especial esa noción de «sujeto» que legitima y sostiene a todas las demás en esta perspectiva (y, por tanto, aquella cuya «historicidad» tendrá que ser negada con mayor fuerza). Los métodos usados para lograr tal negación son los mismos que hemos detectado en líneas generales anteriormente respecto a la literatura, métodos todos que pueden resumirse en ese presupuesto: la noción de hombre/sujeto es una realidad eterna que puede haber ido evolucionando y adensándose, que puede variar su «contenido» o sus «ideas», pero que poseerá siempre —latente o explícitamente— una propia lógica interna, una común estructura de base inalterable a lo largo de los siglos, etc. En la segunda parte de este libro, al analizar la serie de polémicas aún vigentes en torno al «Renacimiento», hemos tratado de delimitar en detalle las caracterizaciones más típicas que el «evolucionismo» tradicional nos ha legado a propósito de toda la serie de problemas historiográficos que aquí planteamos; y lo mismo hemos pretendido al hablar de la «radical historicidad» de la poética animista del XVI o de la interpretación de estos textos poéticos animistas desde el punto de vista del «evolucionismo eternizante»: allí reencontrará el lector en concreto lo que aquí sólo se sistematiza en sus planteamientos generales.

2. Nuestra proposición básica queda así delimitada en sus diversos aspectos:

a) Si desde nuestra perspectiva esa imagen nodal del sujeto no es «for all seasons», sino rigurosamente histórica, en tanto que sólo puede funcionar y existir en el interior de una matriz determinada, ello no significa, sin embargo, que tal imagen constituya una realidad efectiva y autosuficiente en sí misma: la oposición «siervo/sujeto», decimos, no supone en absoluto el paso desde el hombre encadenado al hombre en sí mismo, sin trabas y sin determinaciones. Muy al contrario: tal oposición únicamente significa el paso desde unas relaciones sociales a otras (siervo es sólo un término que nos indica la especial —y necesaria— inscripción de los individuos en las relaciones de clase características del feudalismo; su-

jeto es sólo un término que nos indica la especial —y similarmente necesaria— inscripción de los individuos en las relaciones de clase características del capitalismo, tanto en su primera fase como en las fases posteriores, etc.).

En una palabra: tales nociones no son efectivas realidades en sí (recuérdense, por ejemplo, las afirmaciones de Ian Watt o de Lukács en este sentido: la moderna «novela realista» habría aparecido desde el XVIII, porque paralelamente habría aparecido también un efectivo «espíritu realista»: el hombre convertido al fin en sujeto libre y pragmático y la novela «reflejando» tal realidad), sino que únicamente constituyen las privilegiadas categorías en las que se expresa y se objetiva el funcionamiento básico de la matriz ideológica feudal o burguesa, categorías en las que tales ideologías se condensan por antonomasia y se realizan. Y sería una tremenda equivocación, un insalvable error en el alza de nuestro punto de análisis, identificar sin más el «funcionamiento interno» de una ideología con las «nociones» más claras en que tal ideología se exhibe, se hace visible. Cuando decimos que el «siervo» o el «sujeto» no existen realmente nunca, no queremos decir que no existan «sólo» en el nivel económico o en el político (niveles ambos a los que una cierta tradición marxista mecanicista —la inversión hegeliana— ha solido atribuir por antonomasia la esencia de la realidad, los ha considerado como los «únicamente reales» —sic—: la ideología —el nivel ideológico objetivo de una formación social— es, sin embargo, una realidad tan plena, sabemos hoy, como cualquiera de los otros niveles sociales y el hecho de que el nivel econónimo sea siempre, por supuesto, el determinante, no quiere decir que los demás niveles no sean tan «reales» como él, sino que lo que queremos decir es que siervo y sujeto no existen (como valores plenos y en sí) tampoco en el interior mismo de sus respectivos niveles ideológicos.

b) Pues, en efecto la configuración del nivel ideológico en cualquier formación social es siempre doble: por un lado, está lo que él dice que es; por otro lado, está lo que él es realmente. O de otro modo: por un lado están sus nociones visibles y por otro está su funcionamiento real. Veámoslo por partes:

— Las nociones:

Lo que un nivel ideológico «dice que es» lo dice básicamente a través de esa serie privilegiada de «nociones», o de «ideas-eje» (sólidas e intocables, porque suelen presentarse

como la verdad misma de la «naturaleza humana») al estilo de las anotadas: lo que la ideología feudal dice es que el hombre es esencialmente «siervo» de un «Señor» (se escriba éste con mayúscula o con minúscula), y tal noción-eje permanecerá siempre latente e incontrovertible en el trasfondo de cualquier tipo de producción ideológica medieval. Del mismo modo: lo que la matriz ideológica burguesa «dice» es que el «hombre» es esencialmente un «sujeto libre» (y tal noción estará igualmente siempre en el trasfondo de cualquier producción ideológica «moderna»), etc. Pero ambas perspectivas no se conforman con esto: al decir por ejemplo lo que es el «hombre», están a la vez diciendo lo que «son» ellas mismas: están diciendo que si el sujeto y el siervo son realidades básicas, ellas mismas (que han segregado tales nociones) son por eso, y automáticamente, realidades igualmente básicas. En una palabra: cada matriz ideológica se enuncia a través de unas «nociones-eje», a las que otorga el carácter de elementos esenciales e inalterables de la realidad, para inmediatamente borrarse a sí misma en tanto que tal (id est: en tanto que «ideología»), amparándose y escondiéndose detrás de esas nociones a las que ya ha conseguido establecer como la verdad misma de la vida. De ahí que los individuos inscritos en las relaciones feudales (tanto los pertenecientes a las clases dominadas como los pertenecientes a las dominantes; esto es: tanto los verdaderos siervos como los meros «siervos de Dios») conciban tales relaciones, las vivan, como efectivamente «serviles», se autoconciban ellos mismos (y no puedan hacerlo de otra manera) como literalmente «siervos», etc. E igual podíamos decir por lo que respecta a la imagen del «sujeto» dentro de las relaciones sociales burguesas: todos los individuos inscritos en tales relaciones (tanto los dominantes como los dominados) se creen auténticamente «sujetos», se autoconciben (a la par que conciben su mundo) única y exclusivamente desde esta perspectiva, no pueden ir más allá, traspasar esos límites.

—El funcionamiento:

Ahora bien: ¿qué significan de hecho tales nociones, cómo se constituyen, desde dónde se elaboran?

La respuesta es fácil porque la conocemos ya: tales nociones no son más que el resultado, la salida al exterior en forma de «signo» visible de una serie de necesidades internas propias y exclusivas de una específica matriz ideológica, y no de otra. La necesidad, por ejemplo, que tienen las relaciones

sociales feudales —en bloque— de que su nivel ideológico «convierta» a todos los individuos en siervos o la necesidad que las relaciones sociales burguesas tienen —en bloque— de que «su» nivel ideológico «convierta» a todos los individuos en sujetos libres, etc. En una palabra: a) El funcionamiento interno real, la verdadera lógica de base de un determinado nivel ideológico depende siempre —y exclusivamente— de los elementos que entren en juego en su «matriz», y b) una matriz (ideológica) no es otra cosa que la reproducción, en el nivel de la ideología, de la contradicción básica de clases que constituye cada tipo de relaciones sociales: la «contradicción» entre «siervos/señores» en el feudalismo, la contradicción entre «burgueses/proletarios» en el capitalismo, etcétera. Siervo, pues, es sólo la noción ideológica a través de la cual se expresa, se legitima y se vive la específica articulación de clases en el feudalismo; sujeto es sólo la noción ideológica a través de la cual se expresa, se legitima y se vive la específica articulación de clases en las sociedades capitalistas, etc.

Nociones: esto es, meras segregaciones de la infraestructura ideológica de base. Así, la novela realista inglesa del XVIII no aparece, frente a lo que opinan Watt o Lukács, porque antes hayan aparecido efectivamente el «espíritu realista» y sus «sujetos libres y pragmáticos» andando por las calles de Londres e inscritos en el lenguaje jurídico de la época; del mismo modo que la literatura del «Renacimiento» no aparece porque antes se haya descubierto efectivamente la «conciencia de la individualidad» y de la libertad de los hombres. El «sujeto pleno» del XVIII inglés o la «individualidad libre» del XVI italiano no son más que imágenes o nociones a través de las cuales se transparenta la ideología burguesa correspondiente a cada una de esas fases. Por tanto, ese sujeto realista o esa individualidad plena no son realidades en sí, no ya políticas o económicas, sino ni siquiera «eidéticas» o «espirituales», como se nos pretende decir. La única realidad de tales nociones sería así la de traslucir una lógica más de fondo, la de la matriz ideológica burguesa que las sustenta y que se exhibe en ellas. Y en consecuencia será esta matriz ideológica —sus necesidades y su funcionamiento interno— la que verdaderamente provocará (con las claras diferencias históricas que existen entre el XVI y el XVIII) la aparición de ambos tipos de discursos, no la «individualidad libre» o el «sujeto pragmático» considerados como realidades «espirituales» o «eidéticas» en sí.

En una palabra: el sujeto es una invención de la matriz ideológica burguesa, pero ésta: a) lo traslada a todas las épo-

cas; b) trata de hacerlo pasar por una realidad tanto a nivel político o económico como a nivel «eidético» o «espiritual» (por emplear los términos que tal ideología usa) al hablar, por ejemplo, del sujeto jurídico o del sujeto literario. c) Ello no impide, por supuesto, que los discursos jurídicos o los literarios se estructuren, en el ámbito burgués, a partir de la temática del sujeto»; lo único que nosotros queremos hacer ahí es mostrar que tal temática sólo existe en tanto que «histórica», es decir, en tanto que trasunto directo de la ideología burguesa de base.

### 3. Consecuencias:

a) Si la lógica interna de una matriz es la única verdadera determinación de todos los tipos de discursos que tal matriz segrega, incluidos los literarios, ha de ser esa «lógica histórica» la que en última instancia deberemos tener esencialmente en cuenta a la hora de enfrentarnos con cualquiera de «sus» producciones. Considerando a la par que la diferencia entre los discursos literarios y los otros discursos paralelos (por ejemplo, los que —también hoy— llamamos «teóricos», etc.) sólo podrá precisarse desde el interior mismo del funcionamiento de cada matriz histórica.

b) Y por tanto: nuestra proposición básica acerca de la radical historicidad de la literatura no puede referirse sólo a los «orígenes» o la fecha de nacimiento de ésta, sino que se refiere ante todo, como ahora podemos comprender mejor, al hecho de que esos discursos literarios (o cualesquiera otros de cualquier otra formación social, anterior o posterior) están siempre —y únicamente— segregados desde (y determinados por) las necesidades específicas de una matriz ideológica históricamente dada. Con lo cual resultará asimismo imprescindible plantearnos el problema esbozado del por qué de que dentro de una matriz nos aparezcan ciertos tipos de discursos —y no otros—, o por qué se da una especial «concepción/legitimación» social —y no otra— de tales discursos, por qué éstos se elaboran desde una peculiar perspectiva —y no desde otra—, tratando de lograr una especial autosignificación —y no otra—, todo ello en un determinado momento histórico y sólo en él.

El lector volverá a encontrarse con esta serie de preguntas en diversas ocasiones a lo largo del libro: por ejemplo, a propósito del «porqué» del establecimiento del soneto o del diálogo como tipos discursivos por excelencia del animismo

burgués; del porqué de la aparición de la dialéctica de la «luz» y del «fuego» en San Juan, en Herrera o en Donne; del porqué de la dialéctica del «agua» y el «movimiento» en Garcilaso, o asimismo a propósito de la aparición de la noción de «alma bella» dentro de esta misma poética y en oposición a la noción feudal de «sangre», etc.

### III

Al cambiar la problemática teórica cambia también el «objeto» que ésta analiza. Ni los procesos productivos del texto ni su significación global, ni su situación histórica, pueden ser nunca lo mismo si se les enfoca desde el punto de vista del «evolucionismo eternizante» que si se les enfoca desde el punto de vista de su «objetividad histórica radical»; puede comprobarse enseguida: si para esta última problemática el texto no es nunca la segregación directa de un sujeto, si no es nunca un objeto unitario, expresador de la supuesta intimidad de «su» autor, etc., evidentemente, toda la enunciación textual en bloque —el discurso literario en sí mismo, en una palabra— nos habrá de ofrecer un sentido y una configuración perfectamente distintos a los que nos ofrecía desde la perspectiva «evolucionista».

Precisar con el mayor rigor posible este cambio en la significación total del «objeto-literatura» al enfocarlo desde una problemática teórica distinta constituye el objetivo último de nuestro libro, y precisarlo a todos los niveles: tanto por lo que respecta a la teoría literaria más «abstracta» —sic— como por lo que respecta al estricto desarrollo de una tendencia literaria concreta (en este caso la que hemos denominado como «animismo burgués») o la lectura precisa y literal de los textos más característicos de tal tendencia. Por ello hemos titulado un apartado muy específico de este libro como «Presupuestos de lectura» de la poética animista. Aunque tales «presupuestos» los hayamos planteado en estricto a propósito de los poemas de Garcilaso, no cabe duda de que son aplicables a toda esta poética en general, ya que, al establecerlos, sólo hemos pretendido mostrar cómo una serie clave de prejuicios tradicionales (por ejemplo, la idea de la «transparencia del texto» o la de la «lectura directa o inocente») no son más que derivaciones literales de la perspectiva crítica del aludido «evolucionismo eternizante», etc.

Planteadas así las cosas, sólo nos quedaría finalmente por

delimitar una última serie de cuestiones —última, pero no menos importante—; aproximadamente éstas:

1. ¿Qué otras caracterizaciones concretas otorga el horizonte teórico actual a los discursos literarios?
2. ¿Qué función real cumplen los discursos literarios en el interior del nivel ideológico burgués o «moderno»?
3. ¿Qué sentido real puede poseer entonces toda esa amplísima gama de discursos —usualmente considerados como «literarios»— pertenecientes a los modos de producción no-capitalistas: los pertenecientes al «esclavismo» griego, por ejemplo, o los pertenecientes a la matriz feudal —éstos sobre todo, ya que los estamos utilizando continuamente para contraponerlos a los discursos existentes en las sociedades post-dieciochescas?

Evidentemente, poder ofrecer una respuesta plenamente adecuada a cada una de estas preguntas resultaría fundamental a la hora de clarificar las posibles ambigüedades aún latentes en nuestros planteamientos. Pero tal explicitación plena resulta ahora imposible. Digamos sólo, pregunta a pregunta:

1. Respecto a la primera pregunta:

Las caracterizaciones concretas que el horizonte teórico actual otorga a los discursos que él mismo llama literarios podrían resumirse diciendo que, a más de concebirlas como expresión pura de la intimidad del sujeto, los concibe como caracterizados por ser lingüísticos y sensibles.

a) Lingüísticos: Parece mentira, pero es así. Cualquier tipo de discurso debería ser caracterizado básicamente como lingüístico, desde los discursos matemáticos a los jurídicos, y sin embargo sólo el «literario» suele ser marcado por antonomasia con tal señal como si se tratara de una cuestión sin vuelta de hoja. ¿Por qué? Puede aventurarse una explicación del hecho: la misma idea central de que lo literario es igual a la intimidad del sujeto se trasvasa directamente al plano lingüístico, resultando así esa imagen de que lo literario es igual a la intimidad pura del lenguaje, es decir, igual al lenguaje en tanto que usado en y por sí mismo y no con otros fines «exteriores», etc. Véanse al respecto todas las teorizaciones acerca del «arte por el arte», las del Formalismo ruso y la Estilística, y en general las de la mayoría de los críticos «lingüísticos» a partir de Jakobson. Ciertamente que las corrientes empiris-

tas (neopositivistas, analíticas, etc.) introducen una variación en este panorama: en ellas se deja momentáneamente de lado este lingüisticismo casi exclusivo de la literatura, pero sólo en tanto que tales corrientes se mueven dentro de un «panlingüisticismo» total: para ellas «todo» es lenguaje. Con lo que, evidentemente, y aunque por caminos distintos, también aquí lo literario se marcará exclusivamente a fin de cuentas con una señal lingüística específica: será «literatura» en general todo lenguaje no verificable, libremente imaginativo y sensible, etc., o sea, el lenguaje más personal y subjetivo, el menos preocupado por la objetividad y la comunicación, el más «íntimo» en una palabra.

b) Sensibles: De nuevo tenemos aquí un desdoblamiento de esa idea central acerca de la identidad entre literatura e intimidad del sujeto: pues lo más íntimo de éste radicará (según las bases de tal horizonte ideológico burgués) precisamente en aquellas regiones más oscuras, en las capas últimas y más espontáneas de lo humano, las más alejadas del exterior y del control de la «razón», etc., o sea, lo que toda esta ideología clásica llama las capas sensibles del sujeto, el nivel de su sensibilidad, etc., bien se exprese ésta a borbotones (como querían los románticos), bien se exprese a través de su encuadramiento en unas formas asimismo sensibles (como han propuesto todos los fenomenólogos desde principios de siglo).

En las corrientes críticas empiristas, y debido a que no necesitan diferenciar nunca bien entre «ideas» y «sensaciones» (éstas no siendo algo realmente distinto de aquéllas, sino sólo su germen primario), en estas corrientes, digo, ha sido posible la reivindicación de una literatura donde el pensamiento del escritor también pareciera válido poéticamente (cfr. toda la crítica de Eliot), pero teniendo siempre en cuenta que incluso aquí la determinación última del lenguaje poético está siempre otorgada a los niveles directos de la «sensación» —sic— más que a un influjo directo de la «racionalidad», etc.

Como se ve, en suma, todas estas caracterizaciones que la ideología teórica dominante otorga al discurso literario no son de hecho más que desdoblamientos de la relación primaria «sujeto/intimidad» (incluida la propia obsesión de la crítica por hallar el interior o la intimidad del texto), una relación establecida ya desde Kant como definidora de lo específico y autónomamente propio de lo literario (de todo lo «estético»), aquello que lo diferenciaría de los demás discursos, etc. (la base, digamos en general, para tal diferenciación

se sienta, efectivamente, desde el momento en que se establecen tres procesos «mentales», tres «lenguajes» distintos, en el propio sujeto, cada uno con sus mecanismos específicos y autónomos, especificación que se realiza precisamente a lo largo de las tres críticas kantianas: y a partir de ahí la línea va ininterrumpida desde Schiller a Croce; lo mismo podríamos ver en la línea empirista a partir de Hume y hasta Richards, Eliot o el New Criticism).

2. Segunda pregunta: Aquí la cuestión ya es más peliaguda: ¿qué función real cumplen los discursos literarios dentro del nivel ideológico «moderno»? En primer lugar habría que analizar el triple desarrollo de las fases históricas de la ideología burguesa (la fase manufacturera o mercantil, la fase «clásica» y la fase final actual), pues en cada una de ellas la función del discurso literario y del escritor (en tanto que figuras sociales ambos) se matizará muy diversamente. Por citar sólo el caso más conocido y sintomático: la socialización o colectivización (capitalista) de las fuerzas de producción masivamente impuesta en la última fase (y dentro de ella cuestiones tales como la necesidad del «trabajo en cadena», la separación cada vez mayor entre el trabajador y el objeto producido, la subsiguiente ideología economicista, asimismo masiva, del trabajo «útil» —id est: el inscrito directamente en las relaciones de producción, tanto en la esfera productiva misma como en la esfera de la «circulación»—, etc.), toda esta estructura unitaria acarrea necesariamente la imagen de la «marginación social» del artista o el escritor (la literatura o el arte considerados como actividades «inútiles») y, por tanto, sólo propias para el reducido espacio del «ocio» o del «lujo intelectual o material» —sic—, «hobbies» o actividades de «fin de semana», minoritarias y alejadas de la «sensibilidad común», etc.). Es algo que los propios escritores asumen a su modo desde la época romántica, llevándoles a cultivar precisamente esa marginación real como un bien propio, como un destino especial, un signo de su superioridad sobre el ámbito social (cultivar, pues, el aislamiento, la bohemia, el malditismo, acentuar el carácter hermético de su propio lenguaje literario), pero marginación real a fin de cuentas en tanto que, evidentemente, el trabajo del escritor (la relación directa «sujeto/objeto» que él pretende establecer y su obra valorizada precisamente por ser obra «única y personal») remite directamente a un estatus «artesanal» y «pre-industrial» del trabajo, algo, en fin, que tiene que chocar directamente con las nuevas normas economicistas establecidas.

Y sin embargo las cosas son más complejas de lo que tal situación parecería indicar: resaltar esa complejidad de la función del hecho literario en las sociedades modernas es el mérito básico de los últimos trabajos de R. y E. Balibar, P. Macherey, F. Vernier, etc. Pues, en efecto, podríamos decir que tal marginación real está relacionada ante todo y casi exclusivamente con el horizonte ideológico economicista propiamente dicho (o sea, es algo que se desprende sin más de la contrastación entre la imagen del «trabajo industrial colectivo» y la imagen del «trabajo artesanal personal», algo, en fin, similar a la habitual oposición romántica entre la «mano» y la «máquina»), etc. Pero el trabajo literario no funciona sólo en ese nivel de la ideología economicista, o mejor, cuando funciona ahí lo hace —y básicamente— desde el nivel ideológico sin más, y es esta posición ideológica literal la que debemos plantearnos en primera instancia. En efecto: los trabajos citados de E. y R. Balibar, Macherey, Vernier, etc., hacen hincapié sobre todo en la relación íntima existente entre el aparato escolar y el hecho literario, entre la enseñanza de la lengua común (o sea, la estatal) y el establecimiento de la escuela primaria («común-pública») en los estados burgueses a partir de la Revolución Francesa (naturalmente, la escolarización global en Francia es mucho más temprana y efectiva que en los demás países europeos, y se necesitarían estudios particulares sobre cada caso «nacional», al modo, por ejemplo, de los iniciados por el sardo Gramsci respecto a la originariamente tan fallida unificación lingüística italiana y su precaria realidad escolar; estudios pues sobre las exasperantes desigualdades «regionales», la herida abierta de las capas populares que sólo «hablan» otra lengua distinta de la estatal, o que sólo «hablan» ésta de modo dialectal o «palurdo» —o sea: en un grado de «inferioridad» paralelo en gran medida al anterior—, las reivindicaciones generalmente pequeño-burguesas e idealizantes de esta serie de contradicciones secundarias —«siempre» reflejos de la contradicción principal de clase, o inherentes a los «pactos» entre las «burguesías nacionales» estatales o locales, y las situaciones anteriores provenientes del Antiguo Régimen: la fracturación geográfica y política feudal, la división entre los diversos poderes nobiliarios o eclesiásticos que ahora se intentan unificar bajo el estado burgués, o bien los residuos artesanales y gremiales, florecientes asimismo bajo el Antiguo Régimen, y ahora desplazados y con consciencia de desaparición, de muerte fijada, tanto lingüística como económicamente—; los reales niveles de explotación, en fin, inscritos en ese mecanismo uni-

tario «Estado burgués central/lengua oficial y común/escuela pública e igualmente común», etc.). Para los investigadores citados resultaría evidente el hecho de que esta relación íntima entre Literatura y Escuela se especificaría a partir de los siguientes niveles (e interpretando quizá un tanto libremente sus presupuestos desde nuestra propia perspectiva): frente a la lengua común, enseñada en la escuela pública, se establecería luego el lenguaje literario, enseñado sólo a partir del bachiller superior y en la universidad; los módulos descriptivos y narrativos, toda la retórica en suma conformadora de la «escritura» en la primera etapa escolar resultaría así algo únicamente enfocado hacia la utilidad y practicidad inmediata, lo que se considera que los asistentes a la escuela común (y que no van a pasar de ahí: obreros y campesinos en esencia por tanto) necesitan para desarrollar posteriormente su peculiar tipo de actividades, asimismo consideradas como directamente prácticas e irrelevantes —en tanto que «manuales»—, etc. Mientras que en la segunda etapa escolar se enseñaría ya un lenguaje capaz de admitir la «fantasía» y la «libre interpretación subjetiva» (pues de nuevo parece que la clave de toda la cuestión radicaría aquí: mientras que según la norma economicista dominante todo lo considerado como no directamente útil, práctico o rentable, pasaría inmediatamente a ser considerado como inferior o al menos como marginal y prescindible, sin embargo, a la vez, la propia ideología dominante establece que los miembros de las capas superiores —los más educados, los más «inteligentes», se supone— no sólo pueden poseer una intimidad libremente interpretativa y no directamente útil o pragmática del mundo —y recibir la educación adecuada para que parezca posible eso—, sino que, a la vez, y precisamente por ello, tales individuos educados e inteligentes serán de hecho los únicamente considerados como «sujetos» verdaderos, en toda la dimensión real de la palabra, y por tanto los únicos verdaderamente capacitados para «opinar» —y para «mandar»— y en suma para poder «elegir/recibir», tras su educación libre y subjetiva, una profesión directamente útil y pragmática: de ahí, por ejemplo, la dualidad, tan visible en Estados Unidos o Inglaterra, entre la educación meramente «culturalista» y «literaria» —o sea: «inútil»— de sus élites y el destino directamente empresarial y político de tales élites una vez «licenciadas»). En una palabra: esta segunda etapa educativa implicaría la enseñanza de unos módulos de escritura situados al otro lado de la mera «descripción» (o «narración») practicante y literalmente objetiva, unos módulos que nos trasladarían directamente a esos

aludidos ámbitos «superiores» de la sensibilidad o de la capacidad intelectual —sic— más arbitrarias y más subjetiva y libremente interpretativas del mundo de los hombres y de la realidad exterior: aparece así, por ejemplo, en este momento la enseñanza de la poesía, en tanto que medio de expresión sumamente «imaginativo» y «libre», o el relato «de ficción» en el mismo sentido, etc. A través, pues, de la distinción entre lenguaje común y lenguaje literario (o mejor aún: entre subjetividad escolar meramente utilitaria y subjetivamente escolar plena y libre), lo único que se establecería de hecho sería la base legitimadora de la diferenciación entre «trabajo manual» por una parte y «trabajo intelectual» por otra, y en consecuencia, también a partir de aquí la solidificación de las diferencias de clase a través de los mismos niveles «lingüísticos-escolares». Finalmente: ¿qué función básica —señalan Balibar y Macherey— cumplen así los discursos literarios estrictos en el interior del horizonte ideológico actual? Esta: producir nuevos discursos, literarios o no, sirviendo sus módulos como operadores e impulsores de nuevas «escrituras» o «lenguajes» sociales que a su vez reproducirían todas las específicas condiciones de dominio inscritas en los originarios discursos literarios y en su condición lingüística de clase, etc.

No cabe duda, por supuesto, de que todas estas proposiciones son sugestivas y parecen aproximarnos en gran parte a la realidad de la literatura, sobre todo por lo que concierne a las bases materiales en que la ideología literaria se concreta y se propaga en primera instancia (ese Aparato Escolar al que finalmente habría que añadir además toda la problemática inscrita en el Aparato Editorial propiamente dicho, en su amplísimo espectro: desde las imposiciones literales del mercado a la implantación, más sutil, de determinados «códigos de legibilidad» masivos, como los que se derivan del modelo de los «best-seller» o de los premios literarios), etc.

Pero hay una objeción básica que hacer a esa fijación en la Escuela que estos autores muestran: nadie duda de la importancia discriminatoria de la escolarización por lo que se refiere a los niveles superiores (sobre todo —lo que apenas se nos dice en esos textos de R. Balibar o F. Vernier— por lo que hace al significado que tal escolarización superior —id est: «universitaria» en última instancia— tiene en tanto que única correa válida de transmisión interclasista: sólo a quien sale de la universidad se le admite como miembro de las capas superiores por muy bajo que sea su origen de clase) e incluso no habría quizá inconveniente en admitir con ellos que la literatura (la capacidad para «escribir» y para «consumir» un

lenguaje tan sofisticado) es un símbolo casi perfecto de tal situación discriminatoria. Pero otro asunto muy distinto es pasar tranquilamente desde la apreciación del carácter «simbólico/discriminatorio» que la literatura tiene a la explicación radical y última de lo literario exclusivamente a partir de ahí: por ejemplo explicar «El Extranjero», de Camus, como hace R. Balibar, prácticamente a partir del hecho de que Marsault sea un estudiante universitario frustrado (y al que, por tanto, parecerían habersele cerrado todas las «salidas sociales»: como al propio Camus en último extremo, a quien una tisis inesperada frustró, como es generalmente sabido, su carrera superior de profesor de filosofía). Se trasluce un cierto «experiencialismo vital» bastante ingenuo en tales presupuestos, pues lo importante, respecto del texto de Camus, parece que no sería tanto el hecho aludido de que la frustración escolar cierre los caminos de ascenso a los pequeños burgueses (Marsault/Camus), sino el hecho de que a partir de qué inconsciente ideológico es asumida, vivida (y posteriormente «expresada» en una novela) tal experiencia frustrante, por qué de ella salió «El Extranjero» en la Francia de postguerra y no salió, por ejemplo, un relato directamente «experiencialista» como los que encontramos en el mundo americano, de Salinger a Updike, de Mailer a Kerouack.

En una palabra, la objeción básica a tales planteamientos no puede ser más que ésta: ¿quién educa a los educadores? O de otro modo, y más drásticamente aún: si la «escuela» es un Aparato Estatal no es ella la que «crea» la ideología, sino, en todo caso, y únicamente, la que la materializa y reproduce de la forma peculiar que hemos esbozado. Así, por ejemplo, no sólo la necesidad de la lengua común es evidentemente «anterior» a la escuela, como lo es la diferenciación entre «trabajo manual» e «intelectual» —id est: la división social del trabajo—, sino que también es anterior a la Escuela el reflejo literario de tal división social, o sea, la posibilidad de pensar que haya alguien capaz de utilizar —y consumir— un lenguaje «superior» y libremente subjetivo, etc. De igual modo: la dialéctica inscrita en los textos literarios (la que los produce como tales, su lógica interna) es la plasmación de un inconsciente ideológico que no «nace» en la Escuela, sino directamente en el interior de las relaciones sociales mismas y desde ellas únicamente se segrega, etc. Quizá lo que ocurre en el fondo es que en la tesis de Macherey, Balibar, etc., persiste un inconfundible tufo a «sociologismo institucionalista» al modo del Max Weber más típico (al suponer de hecho, como éste, que es la institución material la

que crea la ideología y no al revés— creer que es la Iglesia protestante, por ejemplo, la que crea la religión protestante—, tesis con la que volveremos a encontrarnos con frecuencia a lo largo de este libro). Y «sociologismo institucionalista» que, naturalmente, acarrea consigo una paralela consideración (entre mecanicista y «naïve») de la ideología como mera excrecencia derivada del hecho material (por ejemplo: derivada de las prácticas redaccionales en la Escuela), concepción que desvirtúa evidentemente y en gran medida los ambiciosos propósitos de tales autores. Algo que igualmente podríamos ver en fin en la identificación plena que ellos establecen entre el proceso lingüístico y el proceso literario: identificación tan perfectamente obstaculizadora, como esbozábamos, que comenzaría incluso por hacer imposible la apreciación de las diferencias reales entre este proceso literario y los demás procesos lingüísticos asimismo «superiores» y «sofisticados» —tanto al menos como aquél: desde el discurso filosófico al matemático, etc.—. Sin que, por supuesto, baste para establecer esa diferenciación específica de lo literario con aludir a la diferencia existente entre la «norma lingüística común» y el écart (o sea, la excepción o desviación «creativa» y «personal» respecto de tal norma, su uso «superior»), pues en el mismo caso estarían, repito, todos los otros tipos de discursos «superiores». Y recordando finalmente que tal pretendida relación entre la Norma y el Ecart estaba ya perfectamente establecida desde Spitzer y los demás teóricos de la Estilística Fenomenológica (curiosamente representando esta corriente la tradición «académico-escolar» aún masivamente vigente en Francia como la verdad misma, y siendo en tal ámbito «estilístico» donde la identificación plena entre lengua y literatura alcanza precisamente sus niveles paroxísticos; tendencia «estilística», en fin, que los investigadores citados parecen aceptar alegremente sin más, sólo que añadiéndole a continuación una base «material» o «sociológica» posterior —la escuela, las prácticas redaccionales—, etc.: de ahí que Macherey y Balibar proclamen orgullosamente que al fin han conseguido desvelar el secreto originario, la fuente material, y no vaporosamente «espiritualista», de la literatura...).

Más allá, en fin, de tales presupuestos sociologistas parece evidente que la cuestión de funcionalidad y el sentido real que posee el discurso literario en nuestras sociedades habría que buscarlos más en el interior del propio nivel ideológico que en los aparatos que los materializan y reproducen: habría que buscarlos, por ejemplo, en torno a esa crucial diferenciación entre el funcionamiento y las nociones dentro de

una matriz ideológica específica, pues todo parece pasar como si los discursos literarios se elaboraran literalmente como el desarrollo estricto del primer aspecto (el «funcionamiento» de la lógica de la matriz) y los discursos «teóricos» como el desarrollo del segundo aspecto (las «nociones», etc.). Pero no vamos a insistir ahora en esto, que excede con mucho los límites de una «introducción». Baste con precisar lo ya indicado: la literatura no se «crea» en la Escuela, sino que es el producto peculiar de un inconsciente ideológico segregado desde una matriz histórica, propia de unas relaciones sociales dadas. Y sería quizá el hecho de que en las sociedades posdieciochescas tales relaciones sociales dependan tan directamente —a nivel ideológico— de la puesta en acción de la imagen del sujeto lo único que realmente nos explicaría, como venimos esbozando desde el principio, la situación histórica y la peculiar significación de esos discursos llamados literarios (concebidos y practicados precisamente como expresión de la «subjetividad» más pura) dentro de tal matriz.

3. Tercera pregunta: ¿Qué ocurre en los otros modos de producción donde tal lógica del sujeto no existe? ¿Qué función y qué sentido real tienen ahí los discursos que se segregan desde el funcionamiento interno mismo de la matriz ideológica? Más bien parecería que en tales formaciones históricas no existe el mismo tipo de división tajante entre discursos literarios y teóricos que se practica en las formaciones sociales capitalistas, o bien que al menos tal división estaría mucho más paliada o enfocada en otro sentido: cómo diferenciar tales niveles, por ejemplo, en la Biblia, en las prácticas litúrgicas medievales, en los códigos caballerescos y cortesanos, en el Corán incluso o en los textos védicos, en los relatos pitagóricos o en las llamadas escenificaciones «trágicas» (esto es: litúrgicas) acerca de las Euménides o acerca de los mitos sustentadores de la polis en general en la Grecia esclavista...

#### IV

Terminemos aquí. Son demasiadas cuestiones y demasiados problemas los que se nos amontonan en cada una de estas tres preguntas modales. Para tratar de responderlas más adecuadamente hemos concebido este libro: «Teoría e historia de la producción ideológica». Título resbaladizo por excesivamente ambicioso en apariencia, pero que en absoluto pre-

tende ser globalmente abarcador de toda esa serie de problemas, sino que más bien ha sido elegido como índice del sentido concreto que pretende tener nuestro proyecto: no hay «historia» sin «teoría» y no hay «teoría» sin «historia», aunque clarificar tal afirmación no es algo que necesitemos realizar ahora. Baste con lo expuesto: si la literatura no ha existido siempre, su análisis histórico resulta imprescindible; pero para darse cuenta de tal «no-existencia eterna» es preciso partir a la vez de una adecuada concepción teórica tanto de lo que sean los procesos literarios o ideológicos y su funcionamiento como de lo que sea el funcionamiento histórico en general, etc. O mejor: no creo que haya posibilidad de delimitar esos dos momentos (teoría o historia), sino que habrá que partir siempre de su fusión efectiva para lograr el análisis concreto de cada situación. Hablar, en fin, de producción ideológica, y no exclusivamente de la literaria, supone no sólo que tomamos ésta como ejemplificación del proceso ideológico global, sino que a la vez continuamente nos estaremos refiriendo a los demás discursos paralelos segregados desde el mismo nivel ideológico. A través de tal sesgo se encontrarán también las argumentaciones en que me baso para considerar como «primeras literaturas burguesas» la serie de discursos segregados desde las temáticas animista y racionalista del siglo XVI, a más de un intento de clarificación, provisorio aún, de cómo parecen funcionar los procesos literarios en los momentos confusos y contradictorios de una situación histórica de Transición como ésta entre Feudalismo y Capitalismo. Finalmente hemos ofrecido, como sustento de tales análisis, una lectura muy cercana de los más significativos textos animistas de Garcilaso a Donne. Esperemos que sus resultados parezcan positivos.

Esto no es un «método», sino un mero camino teórico. Por supuesto, hay muchos enfoques posibles del hecho literario y cada uno puede elegir el que le parezca más válido. Todo dependerá, como dice Carroll, de hasta dónde se quiere llegar.

Posdata a la segunda edición

Cuando puse punto final a este texto que ahora se reedita comprendí que algo decisivo había comenzado en mi trabajo. El alea jacta era ya irreversible. Mi ruptura con todos los planteamientos anteriores también: literalmente los arrojé a la calle. Se ha recordado a veces ese hallazgo genial que para la sintaxis de la latinidad estricta significó el ablativo absoluto: una vez lanzados los dados ya no hay manera de volver atrás. Nuestra sintaxis necesita de muchísimos más rodeos para lo que el maestro Althusser denominó una coupure: una ruptura, en este sentido, no puede ser meramente metódica, sino el planteamiento de una problemática teórica global. Los planteamientos teóricos elaborados a lo largo de este libro los he podido ir matizando o aguzando en otra serie de trabajos, pero una problemática conceptual, si es válida, no varía esencialmente en su estructura de fondo.

Por eso no he encontrado motivos reales para variar tales planteamientos. Tampoco se ha publicado nada que me haya obligado realmente a modificarlos. Y además me gusta su frescura original. Como nos enseñó Holmes, en «El perro de Baskerville», a veces lo que resulta verdaderamente significativo en lo que ocurre es que no ocurra nada. El «silencio» del perro que debió haber ladrado es lo que llama la atención a Holmes. Con fortuna puedo decir que la recepción que este libro ha tenido —y la perspectiva de demanda que sigue teniendo— implican un «buen silencio» doble: el de que apenas se haya podido decir nada serio «contra él» y el silencio, fructífero, de unos planteamientos que durante años han podido ser utilizados con una significación al parecer positiva.

Podría, eso sí, haber añadido cuestiones bibliográficas de repertorios textuales de fechas más recientes, etc., pero eso no hubiera cambiado nada la sustancia del libro. Quizás hubiera incluso marcado su frescor. Y desde luego la objetividad autónoma que ha alcanzado con los años. Que un libro ha-

*ble por su cuenta, no creo que sea excesivo decir que es lo que verdaderamente uno pretende cuando se mueve en el terreno teórico. Pues este libro es eso sobre todo: un texto de teoría (histórica) literaria. No un libro historicista ni de criticismo al uso. Entre otras cosas por la imposibilidad que ya Enzensberger describió hace años respecto a sí mismo como crítico auténtico: «nacido para criminal y designado como juez»...*

*A mi editor Ramón Akal y a todos los que me han soportado estos años, se debe por supuesto el que este libro vuelva a la luz. Y a la presencia continua de Louis Althusser que sigue hablando a través de su silencio. Y el final: yo escribí este libro, y ha sido él realmente quien ha acabado por hacerme a mí. Y a enseñarme a olvidar el camino «que debería seguir». Aunque la elegía de Garcilaso esté ahora más ahí que nunca:*

*«¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?  
¿Algunos premios o gradecimientos?  
Sabrálo quien leyere nuestra historia.  
Veráse allí que como polvo al viento  
así se deshará nuestra fatiga...»*

Granada-Madrid 1989

## Primera parte

La relación Privado - Público y la situación ideológica en la transición entre feudalismo y capitalismo

## Indice

Introducción	5
Primera parte	
La relación Privado-Público y la situación ideológica en la transición entre feudalismo y capitalismo	29
1. La relación Privado-Público: el mérito, la adición, las academias	31
2. Las ideologías de la transición	59
I.— <i>Animismo y sustancialismo</i>	59
II.— <i>El dominio del organicismo en España: Calderón y la dialéctica del sueño como «salvación de las apariencias»</i>	61
III.— <i>El ataque animista al sustancialismo</i>	66
IV.— <i>La noción de alma</i>	87
V.— <i>Cuerpo platónico y cuerpo escolástico</i>	99
Segunda parte	
Para una teoría de la historia de la literatura: los problemas de la transición	113
1. Sustancialismo y animismo como matrices ideológicas	115
2. La poética animista del xvi: Su historicidad	120
3. La noción de transición: tecnicismo y culturalismo	122
4. La polémica «renacentista»	130
5. Absolutismo y transición: La dialéctica privado-público	146
Tercera parte	
Para una teoría (histórica) de la literatura. La poética animista en el xvi: Presupuestos de lectura y análisis de su desarrollo	149
I.— <i>La «producción» de la verdad desnuda</i>	151
II.— <i>La producción animista en Garcilaso. Presupuestos para una lectura textual</i>	158
1.º El historicismo evolucionista	159
2.º La lectura directa o inocente	166
3.º La transparencia del texto	174

III.— <i>La lógica erótica</i>	184
3.A. La dialéctica presencia/ausencia	184
3.B. La dialéctica del agua	193
3.C. «Materia» y «Metamorfosis»	201
3.C.1. La cuestión del «interior» de los signos en el animismo	204
3.C.2. La cuestión del «Movimiento» en el animismo	208
IV.— <i>La lógica de lo público</i>	228
V.— <i>El animismo religioso: Fray Luis de León</i>	243
A) Palabra y escritura	243
B) Fray Luis	247
C) El «mundo verdadero» de Fray Luis y San Juan	252
D) Circe y las sirenas	266
E) Lo «natural» y el «uso» de las palabras	273
F) La voz del profeta	280
VI.— <i>La etapa final del animismo poético en España: Fernando de Herrera</i>	285
A) La dialéctica del fuego	285
B) El conjuro	288
C) Animismo del fuego, animismo de la corrupción	292
D) Canción pública, dolor secreto	318
E) Las anotaciones	321

#### Cuarta parte

La muerte del animismo a través de las luchas políticas y religiosas: La prolongación de la poética animista en Inglaterra	345
1. Matriz animista y relaciones mercantiles	347
A) Planteamientos generales en torno a la pervivencia del animismo en la ideología política y en el pensamiento religioso	347
B) Planteamientos generales respecto a la ideología política	351
2. Planteamientos generales respecto al marco religioso e ideológico en términos globales	365
1.º <i>La lectura interior, la lectura en grupo</i>	367
2.º <i>El dialoguismo</i>	369
3. La evolución posterior del animismo: El caso inglés	372
4. La pervivencia del animismo literario en el caso inglés: el ejemplo de Donne y la lectura de Eliot	392